

NIÑOS DE LA BIBLIA.



HELÍ ESCUCHA SOFRES'LTADO LA FUNESTA NUEVA.

XVII.

LOS HIJOS DE HELÍ.

La ruina pronosticada hacia algunos años por boca de Samuel á toda la casa de Helí, no habia bastado para servir de escarmiento á la descendencia de este sumo pontífice. Tenia dos hijos, llamados Ophni y Phinees, ya en una edad en que mas dignos debieran mostrarse de seguir las huellas de su padre y de servir de egemplo á todo el pueblo; pero ellos, confiados en que

Mayo de 1818.

Helí por su avanzada edad y su ceguera estaba imposibilitado de corregir sus estravios, llenaban sus últimos dias de amargura y servian de escándalo á todo el pueblo.

Llegó, sin embargo, una época en la que las calamidades que afligian al pueblo de Israel, conmovieron el corazón de los dos jóvenes, que presentándose á su padre, le hablaron así:

—Venimos, señor, á pedirnos una gracia, en la confianza de que no nos la rehusareis.

—Nada puedo yo rehusaros de cuanto pueda contribuir á vuestra felicidad.... Hablad.... ¿Qué es lo que de-

TOMO II. 9

seais? ¿Pende efectivamente de mi solo el concedérselo?

—De vos solo pende, y vos solo sois quien nos ha inspirado esta determinación.

Viendo que las facciones de su padre, revelaban la inquietud y agitación de su ánimo, Ophni se apresuró á continuar:

—Decid, padre mio, ¿no nos habeis dicho algunas veces que os afligia profundamente nuestra conducta?

—Así lo he dicho; porque á la verdad, no ha sido muy buena fama la que de vosotros ha llegado hasta mis oídos.

—¿Y no habeis dicho que ya teníamos edad para manifestarnos dignos hijos del que preside y gobierna al pueblo de Dios, y que deseabais fuésemos para vos un título de gloria antes que de oprobio?

—Así es cierto como lo decís.

—Pues bien, todos vuestros deseos van á quedar cumplidos, si nos permitis salir á campaña contra los filisteos, guiando á los combatientes del pueblo de Israel.

Al escuchar semejante petición, no pudo disimular el buen anciano la alegría y satisfacción que experimentaba. Era tan dulce aquella sorpresa, tan grata la idea de que sus hijos quisiesen reparar con un acto de heroísmo sus pasados estravíos, que atrayéndolos junto á su pecho, los abrazó muy conmovido, diciéndoles:

—¿Y no considerais, queridos hijos míos, los peligros á que os esponéis?

—Mayores peligros á todos nos esperan, dijo entonces Phinees, si no hacemos el último esfuerzo para la salvación de nuestro pueblo. Ya no solo nuestros campos se resienten de una esterilidad desconsoladora, sino que son frecuentemente invadidos por los impuros filisteos. Nuestros primeros combatientes han sido vencidos, y tal vez el pueblo gimiendo, tenga en breve que abandonar á los fieros enemigos, la tierra en que el mantenimiento y el reposo fueron prometidos á sus mayores.

—Decís bien, hijos míos: es preciso hacer el último esfuerzo para evitarlo.

Que se preparen todos á tomar las armas. Hágase cuanto sea necesario para asegurar el buen resultado de esta batalla, porque, ya lo sabeis, hijos míos; yo no podría sobrevivir á cualquier desgracia que os aconteciese.

—Nada hay que temer, padre mio; además, ¿no ira con nosotros el arca santa del Señor?

Estremeciéndose súbitamente Heli, solo con la idea de esponer á las contingencias de una batalla, aquel testimonio de la alianza de Dios con su pueblo escogido, aquella arca que contenía todo lo mas sagrado y mas precioso que habia en el pueblo de Israel; pero despues de haber reflexionado un instante, sea por un efecto de su condescendencia con sus hijos, indignos tal vez de que se les confiase aquel sagrado deposito, sea porque juzgase que llevando el arca consigo, estaban mas seguras sus vidas y seria mas infalible su victoria, dió al fin su consentimiento para que el arca santa fuese trasladada desde el tabernáculo al ejército, en que no solo sus hijos, sino todos los de Israel, se aprestaban á combatir contra los amenazadores filisteos.

Llegado que fué el momento de la partida, salió Heli á despedir á sus hijos, haciéndoles al mismo tiempo solemne entrega del arca. Iba esta, segun antigua costumbre, sostenida por varas de oro en hombros de los sacerdotes. Dentro iban las tablas de la ley en que estaba fundada la alianza de Dios con su pueblo, la vara misteriosa de que se habia servido Aaron para intimidar al egipcio rey Faraon, y para promover la libertad de Israel, y tambien un vaso con el maná milagroso, que habia servido de alimento al pueblo en el desierto. Toda el arca era de madera incorruptible de sethim, forrada de planchas de oro, y con dos querubines alados en la cubierta. La vista del arca excitaba siempre la mayor veneración y confianza en el pueblo judío, entusiasmado entonces con la esperanza de que el Dios de los ejércitos habia de concederle la victoria.

Heli, sin embargo, no podia desear un triste presentimiento; así es,

que al acercarse á él Ophni y Phinees, exclamó saltándosele las lágrimas:

—Hijos míos, confío en que el Señor, y ahora mismo voy á pedirselo, retirará el azote con que aflige á su pueblo y que os volveré á ver salvos y triunfantes; pero en el caso de que os sucediese alguna desgracia.... dejad que os estreche entre mis brazos.

Ophni y Phinees se precipitaron en brazos del anciano pontífice, diciéndole conmovidos:

—Padre mío, una sola cosa podemos asegurarnos, y es, que sabremos cumplir con nuestro deber.

Apenas Heli se hubo separado de sus hijos, corrió á prosternarse delante del altar y allí oró con fervor, suplicando al Dios de los ejércitos, olvidase las faltas de sus hijos y concediese la victoria á su pueblo escogido. Después de haber hecho por un rato oración, se sintió mas tranquilo y esperó en calma el resultado de la batalla.

Esta, en tanto, ya estaba empeñada. Habían venido los filisteos á esperar á los israelitas hasta muy cerca de Siló, y apenas descubrieron su numeroso, pero desordenado ejército, ocuparon la cresta de unas estensas colinas para cerrar el paso á los enemigos, ansiando el momento de precipitarse sobre ellos. Antes de acometer prorumpieron los filisteos en un grito aterrador que resonó en todo su campo y en el de sus enemigos.

—¡El Señor está con nosotros! contestaron á su vez los israelitas, y en seguida las dos huestes se precipitaron una contra la otra.

Los israelitas fueron rechazados en todos sus ataques, y á su vez, sobrecoídos de un extraño terror pánico, fueron derrotados por los enemigos. Ophni y Phinees se habían distinguido entre todos; pero viendo que el grueso de los filisteos se dirigía al sitio en que estaba el arca, se apresuraron á defenderla, seguidos de los caudillos de la tribu de Levi y de los principales gefes del ejército. Allí el combate fué mas cruel, las heridas mas terribles y la resistencia mas obstinada. De improviso una noticia fatal circula

de boca en boca, y todos repiten consternados abandonándose á la fuga:

—¡Los hijos de Heli han muerto! ¡El arca está cautiva!

Desde aquel momento, los israelitas, muertos sus gefes, perdida el arca santa, se dispersaron por todas partes: treinta mil quedaron en el campo, y los demas pudieron salvarse, cubiertos de heridas y rendidos de desesperacion y de fatiga.

Algunos fugitivos no pararon hasta la misma ciudad de Siló, y el primero que se presentó cubierto de polvo y rasgadas las vestiduras, puso en consternacion á todos los habitantes. Heli oyendo los clamores, gemidos y voz de la multitud, se turbó grandemente, y haciendo que trajesen el mensajero á su presencia, le preguntó:

—¿Vienes ahora mismo del combate?

—Si, y nuevas bien infaustas son las quehuyendo puedo venir á comunicaros.

—Habla, di todo lo que ha sucedido. ¿Qué es de mis hijos?

—Israel ha huido delante de los filisteos, y vuestros hijos... han muerto ambos con la flor de la juventud y los mejores combatientes del pueblo.

—¿Y el arca del Señor?

—Ha caído en poder de los enemigos.

Heli no pudo escuchar mas: tan dolorosas fueron para él estas nuevas, que cayó de espaldas desde la silla en que estaba sentado, perdiendo el conocimiento y dándose tan fuerte golpe que allí quedó sin vida; catástrofe, que añadida á la de sus hijos y á la de todo el pueblo, comprobó cuan verdaderas habían sido las palabras de Samuel, al pronosticar en nombre de Dios á Heli y á toda su casa un ejemplar castigo.

Los cadáveres de Ophni y Phinees, cubiertos de sangre y de polvo, fueron traídos á Siló donde su vista escitó la mas profunda conmiseracion, al mismo tiempo que podía servir de instruccion saludable. El ejemplar castigo de aquellos jóvenes, el germen de su existencia agostado en el principio mismo de su carrera manifestaban eloquentemente lo que cuesta faltar al mas santo de los deberes, á la obe-

diencia y respeto que son debidos á los padres. Si ellos á su debido tiempo hubieran escuchado la voz de su padre, si hubieran sido dóciles á las reprensiones que por su viciosa conducta les dirigia, no hubieran abreviado sus dias

y ellos tambien vivirian felices, amados del pueblo y mereciendo las alabanzas de los hombres de bien.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA

JESUCRISTO.—MARTIRES.

V.

Primero que pasar adelante con las cosas de España mientras la dominacion goda, que es lo que en seguida nos tocaba referir, no será fuera de propósito hacer una pequeña interrupcion para dar cabida á uno de los acontecimientos mas notables del universo y que tan en relacion se encuentra con los sucesos de la Peninsula: es preciso en fin que digamos algo acerca del estado religioso de España durante la dominacion de los romanos, asunto de suyo grave é importante para dejarle en silencio.

Segun el cumplimiento de los santos profetas, vino al mundo el hijo de Dios, presentandose á los hombres con una nueva luz para enseñar al género humano el camino verdadero de la salvacion: España fué una de las primeras naciones que abrazó el culto y religion de Jesucristo; tampoco omitiremos lo mucho que por esta causa padeció la iglesia, como lo atestigua el sinnúmero de santos mártires que por seguir la senda del Redentor del mundo, fueron inhumanamente sacrificados por la impiedad y barbarie de los emperadores y sus allegados en el gobierno.

El nacimiento de Cristo, segun las mas recibidas autoridades, fué á 25 de diciembre del año que se contó de la

fundacion de Roma 752, y 42 del imperio de Augusto, siendo cónsules Octavio Augusto, y Marco Plaucio Silvano. Jesus espiró en una cruz á los 34 años de su edad; paga que dieron los hombres á su inocencia y á los saludables beneficios de su santa doctrina; pero como lo tenia pronosticado, al tercero dia de su muerte se abrió el sepulcro que encerraba su divino cuerpo, y salió de él sano, vivo y salvo para volver á la mansion de los buenos y donde su padre le esperaba.

La no interrumpida tradicion de diez y ocho siglos, nombra al apóstol Santiago el Mayor, como el primer mensajero del Evangelio entre los idólatras españoles; con efecto, parece que atravesó la Peninsula desde Lusitania, hasta el centro de Aragon, y que levantó un templo en Zaragoza en honra y gloria de la madre de Dios, habiendo despues padecido el martirio en Jerusalem: créese que San Pablo en persona continuó la obra del santo mártir, su compañero, sembrando la semilla de la nueva doctrina en Cataluña, Aragon y Valencia, y especialmente en Andalucía. San Eugenio padeció el martirio en Toledo, imperando Domiciano, y en tiempo de Trajano San Marco de Evora; pero el mas memorable de todos fué Fructuoso. Imperaba Galieno cuando este santo prelado gobernaba la iglesia de Tarragona, y en tiempo en que Emiliano, presidente de la España Citerior, publicó un edicto disponiendo se verificase un sacrificio á los dioses, bajo pena de la

vida á todo el que desobedeciese semejante disposicion.

Hallábase un dia Fructuoso en oracion en una de las mas retiradas habitaciones de su casa, cuando sintió que á su puerta habian llamado; mandó que abriesen al instante, y al poco tiempo se vió en presencia de unos cuantos mensajeros del tirano que le dijeron:

—Síguenos tú y tus diáconos, que vais todos á comparecer ante el tribunal del prefecto.

—Obedezco, respondió el santo con mansedumbre, pero aguardad á que me calce las sandalias.

Poco despues, acompañado de Augurio y Eulogio le llevaron á la presencia de Emiliano, quien dió orden á sus soldados para que desde allí le condujesen con sus compañeros á la cárcel pública, y que le pusiesen á buen recaudo cargándole de cadenas hasta que llegara la terrible hora del martirio. El santo sufrió este vejámen con sobrada resolucion y exortó á sus compañeros para que le imitaran diciéndoles:

—Perseverad conmigo y muramos con firmeza en la santa fe del Redentor; no hay motivos para temer á la muerte, cuando arriba esperamos un dichoso y eterno galardón.

Trascurrieron algunos dias y los tres cautivos fueron violentamente sacados de la prision para volver á la presencia de Emiliano, quien viéndolos delante de sí preguntó á Fructuoso con aire de despótica superioridad:

—¿Conoces el decreto del emperador!

—Tú me dirás cual es, respondió el santo.

—Aquel, continuó Emiliano, que manda que reverencias á los dioses.

—Yo no hago acatamiento mas que á un solo Dios contestó Fructuoso, al que ha criado el cielo, la tierra y todas las cosas.

—¿Luego no sabes, añadió el tirano juez, que hay muchos dioses?

—No solamente no lo sé, repuso el santo, sino que niego que pueda haberlos.

—¿Cómo! exclamó el magistrado. ¿Te

obstinas en no adorar á los dioses? ¿No rendirás acatamiento á las estatuas de los emperadores?

Dirigióse despues á Augurio y continuó:

—¿Y tú participas de los mismos errores de tu obstinado compañero?

—Lo mismo que él, respondió con humildad, adoro á un solo Dios omnipotente.

Encolerizado el prefecto al ver la pasmosa serenidad del diácono preguntó apresuradamente al otro:

—¿Adoras tú tambien á Fructuoso?

Y Eulogio contestó con serenidad:

—Yo no rindo culto á Fructuoso sino á aquel á quien él dirige sus fervientes oraciones.

Creció de punto la rabia del tirano, y dió fin al interrogatorio sentenciando á los tres penitentes á ser quemados vivos, lo cual escucharon ellos sin experimentar la mas ligera turbacion. Sacados de allí fueron conducidos al parage que habia de ser horrible teatro de sus últimos padecimientos, donde serenos y valientes estuvieron presenciando por largo espacio los impo-

—Vas á entrar en la hoguera que ya está encendida, deja que rinda á tu piedad mi humilde tributo desatando tus sandalias.

—No, respondió Fructuoso, quiero hacerlo yo mismo, pues ninguna mano es mas á propósito que la mia para dar libertad á unos pies tan cercanos á pisar las santas regiones donde moran felices los mártires del Señor.

Y así lo hizo; mas viendo que muchos lloraban conmovidos por sus próximos tormentos dirigióles humildemente la palabra en estos términos:

—Reservad, hermanos, esas lágrimas para gente menos dichosa que yo.

Y ya, sentado en la fatal hoguera, prosiguió:

—No temais que os falten pastores, que el amor de Dios vela sobre vosotros y sobre vuestra suerte futura.

Las llamas tomaron incremento y envolvieron á los tres santos varones, y habiéndose quemado primero la li-

gaduras que sujetaban sus manos, las alzaron al cielo y se postraron de rodillas, y en esta forma terminaron su santa carrera.

A pesar de lo atroz y bárbaro de semejantes tormentos, puede decirse que en tiempos de Diocleciano se inventaron otros mas aterradores todavía, porque en esta época ardió con mayor furia el fuego de la persecucion en la península. En Toledo fué martirizada Santa Leocadia; en Alcalá de Henares los mancebos San Justo y Pastor; en Calatrava los dos soldados San Emeterio y Celedonio; en Avila Vicente, Sabina y Cristeta; en Burgos las Santas vírgenes Centola y Elena; en Orense Santa Eufemia y Santa Marina; y en Sevilla las hermanas Santa Justa y Rufina, de las que es preciso decir algo por ser dignas mas que otros mártires de particular mencion.

Nacieron en Sevilla y pasaban su vida en la fé de Cristo y en el tráfico de vasos de barro, de cuyo comercio tomaban lo necesario para su sustento, y lo demas lo dejaban en beneficio de los pobres á quienes socorrian con mano pródiga. «Estas santas, dice San Isidoro, arzobispo de Sevilla, de aquella su pequeña ganancia, vistieron á Jesucristo en el pobre, recibiéronle en el peregrino, mantuvieronle en el hambriento y diéronle de beber en el que habia sed.»

Cuenta el mismo santo, que cierto dia que estas cristianas mugeres estaban vendiendo en la plaza su vidriado, pasó por aquel sitio gran número de mugeres gentiles que festejaban á una diosa llamada Salambona. Este idolo era llevado á guisa de procesion por las calles, enmedio de pomposos atavíos, yendo delante gente que pedia alguna cosa para el ridiculo culto que daban á esta divinidad del gentilismo. Llegaron los demandantes á las santas hermanas y pidieron vasos para su diosa, á lo que contestaron las vírgenes:

—Nosotras no adoramos mas que á un solo Dios, y despreciamos las estatuas de piedra y madera.

Irritados los paganos con semejante respuesta, se echaron sobre el vidria-

do de las dos hermanas y se lo destruyeron completamente; mas ellas en despiques, y descosas de volver por la gloria de Dios, se avalanzaron al idolo con ímpetu y le hicieron pedazos. La nueva del destrozo de la estatua y del desbarate de la procesion, llegó muy luego á noticia de Diogeniano, presidente á la sazón de Sevilla y de Andalucía por los emperadores, y mandó prender á las hermanas sin dilacion. Llevadas al tribunal que Diogeniano presidia, éste preguntó á Justa:

—¿Por qué habeis convertido en pedazos la estatua de la diosa Salambona?

—Porque creimos que esa ridicula imagen, era un insulto que se hacia al Señor, que derramó su sangre preciosa para redimirnos.

—¿Sabeis el martirio que se os prepara por tamaño sacrilegio?

—No lo ignoramos, respondió Rufina con presteza, y tanto lo deseamos, cuanto que despues vamos á entrar en el reino de los cielos.

Diogeniano, no pudo por mas tiempo tolerar la constancia de las vírgenes, y dispuso que al punto las atormentasen. «Colgadas en el ecúleo, dice San Isidoro, las despedazaron con una manera de garfios de hierro, que llamaban cardos, por las muchas y diversas puas que tenían. Y corriendo la sangre de los benditos cuerpos por todas partes, ellas lo sufrían todo alegres y contentas, con la esperanza de concluir presto su martirio.»

Diogeniano, que presenciaba este horroroso martirio, las decia:

—Si adorais á nuestros dioses, cesará vuestro martirio.

Pero Santa Justa y Rufina, respondian con piadosa serenidad:

—Confesamos que no existe mas que un solo Dios, á quien glorificamos y alabamos.

Viendo esto el juez, mandó que dierran á estas mugeres duplicados tormentos; y últimamente, Justa murió de hambre en la cárcel, y su hermana Rufina, que pudo resistir mas tiempo, entregó su alma al Señor, despues de haber sido aporreada, siendo despues su cuerpo quemado por los gentiles.

Braga, Lisboa, Evora, Mérida, Málaga, Gerona y Barcelona, fueron también poblaciones donde padecieron infinidad de mártires, y mas que en todas partes en Zaragoza, á cuya ciudad apellidó un santo, *patria sanctorum martirum*.

Cansado ya el presidente Daciano de ir sacrificando victimas una á una, satisfaciendo de este modo su bárbaro y sanguinario antojo, inventó un medio, por el cual se proponia concluir de una vez con toda la poblacion cristiana. Con este fin, publicó un edicto en que perdonaba y dejaba paso libre á todos los cristianos que saliesen de la ciudad en un dia señalado. Con efecto, á la hora indicada por el tirano, salieron fuera de los muros de la po-

blacion infinidad de hombres, mugeres y niños, esperanzados en disfrutar de mas sosiego en otro suelo distinto del que moraban; pero aparecieron de subito muchos soldados, que lanzándose sobre la indefensa muchedumbre, la pasó á cuchillo sin conceder la vida á uno siquiera, cuyos cadáveres fueron despues abrasados en una hoguera, segun mandato espreso del gobernador.

De los mártires de Zaragoza, ninguno, al parecer, merece mas particular recordacion que San Vicente, natural de dicha ciudad, é hijo de un distinguido magistrado; supo captarse la estimacion de su diocesano Valerio, por sus luces bastante claras y pasmosa elocuencia. Daciano que tuvo noticias



del aura popular que Vicente se habia grangeado con sus predicciones le llamo juntamente que á Valerio, mandando en seguida que los dos compañeros, pasasen cargados de cadenas á los tenebrosos calabozos de Valencia; mas al cabo de algunos dias fueron nuevamente conducidos ante el tirano, quien al verlos serenos y tranquilos, preguntó á sus soldados, si habian obedecido sus órdenes, respecto al castigo que habia impuesto á aquellos ministros de la cristiandad. Respondieron los guardias que no habian escaseado con ellos los malos tratamientos, y al escuchar esta respuesta el gobernador, quiso reducir con falsos halagos

á aquellos dos hombres en quienes su rigor no habia hecho efecto visible; pero habiendo Vicente tomado la palabra, espresó con la mayor valentia su fé en la divinidad de Jesucristo, he hizo ver con su maravillosa elocuencia los pueriles desatinos en que se cimentaba el culto de la religion pagana.

—Que quiten de aqui á este hombre, exclamó enfurecido Daciano. Desobedece el mandato imperial, póngasele inmediatamente en el tormento, y sea en todo castigado como un rebelde.

Muy pronto tuvo cumplido efecto el mandato del gobernador, pasando él mismo al lugar del sacrificio para tener la infernal complacencia de presen-

ciar los padecimientos de su víctima: Vicente le dijo con serena compostura:

—Ha tiempo que deseaba una ocasión con que probar á mi Dios, la fé que tengo en sus sacrosantos principios. Tú me proporcionas este bien, que yo recibo gustoso y con alegría.

Viendo Daciano que á pesar de los esfuerzos de sus soldados no lograban arrancar á la víctima un solo gemido, exclamó lleno de ira:

—¿No arrancareis un grito de dolor á ese hombre, vosotros que estais acostumbrados á doblegar la dureza de los mas firmes malhechores?

Los soldados duplicaron el tormento trayendohierros mas afilados y punzantes, y sin embargo nada conseguian. Vicente espiró en medio del mas grande martirio, alabando á su Dios y acrecentando la rabia del tirano y los ejecutores. Su cadáver fué arrojado despues á las ondas, las cuales le echaron fuego á la playa, y encontrado por unos cristianos le dieron sigilosamente sepultura.

San Lorenzo nos presenta igualmente un ejemplo de sublime serenidad durante su martirio, aun cuando nos sea preciso desechar la invencion de algunos místicos escritores que han supuesto que en el momento de estarle asando en parrillas, pidió á sus verdugos que le volyiesen del otro lado para quedar tostado en toda regla: esto, á nuestro entender, es una bravata que está en oposicion con la mansedumbre evangélica que tanto distinguia á estos hombres tan estrictos en seguir

las huellas del Señor, á quien en todo procuraban imitar.

Cuando Daciano perseguia con mas encarnizamiento á los cristianos de la provincia Tarraconense, los padres de una jóven de edad de catorce años llamada Eulalia huyeron de Barcelona para no ser presa de la furia perseverante del inicuo magistrado; pero Eulalia, habiendo sabido que Daciano sacrificaba nuevas victimas en su sanguinario tribunal de Barcelona, se ausentó una noche del lado de sus padres y se presentó ante el tirano juez.

—¿Qué pretendes, muchacha? preguntó Daciano.

—Vengo á decirte, respondió Eulalia, que eres un cruel y que obras injustamente con todos los que profesan la santa ley del Crucificado.

A esto añadió otro razonamiento que parecia impropio escucharse de boca de una niña de tan pocos años; pero Daciano, lejos de admirar las justas reconvenções de la valerosa jóven, ordenó que la pusiesen en el tormento en el que sufrió una dolorosísima muerte.

Murió Diocleciano, y fué poco á poco debilitándose el fuego de la persecucion, comenzando á respirar los cristianos y alcanzando la iglesia victoria y paz. La doctrina del Redentor ha triunfado; es la mas propagada, y la que ni los hombres ni los siglos podrán derrocar nunca, pues sus cimientos son eternos. Terminado esto, tomemos el hilo para volver á las cosas profanas.

I. A. BERNERO.



LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

IV.

LA FAMILIA MULLER.

Los jóvenes dieron un testimonio de admiracion en presencia de uno de los cuadros mas maravillosos que les fué dado contemplar; nada en verdad, podia compararse á la elegancia, á la simetria y magestad de las estaláctitas que acababan de descubrir; nunca la arquitectura árabe, á pesar de sus caprichos poéticos y de su fantasia oriental, concibió formas mas delicadas, mas desarrolladas y con tanta variedad; tantas columnas apiñadas las unas contra las otras, y que se elevaban hasta la bóveda que parecian sostener; percibianse anchas y prolongadas galerías, y todo en fin admiraba por la increíble variedad de objetos que se distinguían. Luego, todas las paredes de la gruta, reflejando á la luz de las antorchas, presentaban una magnífica y sorprendente iluminacion: los encantadores, los entes fabulosos del mundo invisible creado por la imaginacion de los poetas, no hubieran jamás concebido tan hermoso y elegante palacio.

Como ya lo hemos dicho, los hijos de don Pedro Muller quedaron estupefactos, á vista de aquella variedad de contrastes, pues durante su permanencia en la isla, no habian visto una cosa parecida. Al otrolado donde antes vivieron, experimentaban un sol ardiente, la vegetacion florecia; pero aqui veian la sombra, la petrificacion, la

ausencia del movimiento, del ruido, etc.: es decir, en una parte estaba el Mediodia, en otra el Norte.

Segun su costumbre, don Pedro pensó en seguida sacar el partido que pudiese de su descubrimiento.

—Bendigamos á la Providencia, exclamó, por este nuevo beneficio que acaba de concedernos. Esta gruta tan cercana á nuestra morada, nos ofrece un seguro asilo, dado caso que en lo futuro algun tormentoso huracan destruya nuestra segunda habitacion, como lo fué la primera; pero no quiero preveer esta desgracia, porque espero que la construiremos segun todas las reglas que aconsejan una buena solidez: esta gruta nos servirá de granero; el aire que en ella se respira es puro, un poco frio, y nuestras provisiones que hasta aqui se echaban á perder por falta de medios de conservacion, creo que desde ahora quedarán al abrigo de los dañinos aires del Mediodia.

Tan acertada y juiciosa precaucion fué aprobada por toda la familia, y con un ardor increíble se puso por obra la construccion de la nueva casa. Combinóse el plan con todo esmero y prodigalidad; grandes y uniformes peñascos, fuertemente unidos á un buen cimiento, formaron desde luego sólidas paredes que se revistieron por la parte interior con esteras á fin de sostener una salutifera frescura, y no se temió en adelante, merced al cuidado que se habia puesto en la construccion, que la casa fuese destruida. Tambien se tomaron las posibles precauciones contra las fieras, rodeando la parte exterior de la morada de arbustos espinosos, por lo cual desde entones los

monos no quisieron venir á frotarse con ellos.

Estos frecuentes cuidados no impidieron á nuestros colonos tener el tiempo necesario para la cultura, pues la estremada fecundidad del suelo, reparó bien pronto, al menos en gran parte, los perjuicios causados por el huracán. El almacén de provisiones comenzaba á verse bien abastecido de todo, lo que hacia esperar que la calamidad no volvería á aparecer nunca con sus inherentes sufrimientos. En su consecuencia pudieron pensar en lo agradable, después de haber conseguido lo útil; de modo, que Arturo y Manuel, encargados de la caza de los pájaros, tendieron sus redes y cogieron un gran número de aves de todas las especies conocidas en aquel país, como ruisenores, alondras, curu-

cas, etc. La especial volatería que habían cazado, apareció triste desde un principio, pero bien pronto se fué acostumbrando á su prision, donde al menos estaba segura de las garras del águila ó del buitre; de modo que en la agreste residencia, había una orquesta que duraba todo el día y deleitaba á los aislados colonos con sus cantos deliciosos. La buena Amelia, que durante las escursiones de su marido y de sus hijos, se veía sola en su habitación, tuvo este recurso que le servía de agradable pasatiempo.

Habían abierto un grande agujero en el vallado para dar paso á un bonito arroyuelo á fin de que fecundase la plantacion; pero fué muy grande la sorpresa de Amelia al observar cierto día que venian nadando apaciblemente por el agua una manada de gansos



vestidos de hermosas y raras plumas. Comprendió que seria imprudente espantarlos, y se aproximó al arroyuelo con suma precaucion; echó pan á los referidos animales, y notó que lo tomaban con gusto; y sin embargo, después de muchas evoluciones, se volvieron por donde habían venido, echaron á volar y desaparecieron. Ocioso es manifestar que Amelia refirió á su esposo la visita que había tenido; éste,

según su costumbre, se puso á reñir, é imaginó en seguida la posibilidad de formar un corral.

—Estos gansos han venido, dijo, y no se han asustado; estoy seguro que volverán... ¿pero cómo cogerlos?

Después de un maduro exámen, y habiendo escuchado el parecer de sus hijos, decidieron fabricar una especie de cenador de mimbres bastante solido, á fin de que cuando los gansos volvie-

sen y traspasáran los límites de la habitación quedaran aprisionados al nivel del arroyuelo. Esta invención tuvo el buen éxito que deseaban, porque los gansos vinieron, y cuando quisieron salir, hallaron un obstáculo á la fuga; al mismo tiempo y mientras la banda estaba reunida, cayó sobre dichos animales una grande red, bajo la cual todos quedaron prisioneros: acto continuo, Muller y sus hijos entraron en el agua que les llegaba hasta las rodillas, y uno por uno y con no poco trabajo, fueron cogiendo á los gansos y les cortaron las alas para que no pudiesen volar. Preciso es confesar que semejante operación no fué del todo fácil, pues valió á sus autores mas de un picotazo; pero tuvo por resultado la fundación de un corral, y los gansos, habiéndose domesticado, se multiplicaron y aseguraron infinidad de huevos frescos á la familia.

Reinaba entre estos desterrados tan estrechamente unidos, la mas laudable emulación; así que, desde que uno de ellos encontraba algun medio de mejorar la suerte comun, los demas imaginaban hacer algun descubrimiento análogo. Arturo fue victima de su celo en este género de descubrimientos, porque habiendo notado á una infinidad de abejas que volaban en derredor de un grueso árbol, imaginó desde luego obtener un hermoso panal de miel para presentarle por postre en la mesa; pero sin tomar precauciones de ninguna clase, se encaramó hasta la altura donde la república alada habia fijado su domicilio, y al instante se vió asaltado furiosamente por las abejas, que no le concedieron ni un momento de observación, pues le persiguieron cubriéndole de envenenadas picaduras. Los penetrantes gritos del desgraciado joven los oyó su padre que trabajaba no lejos de allí. Don Pedro Muller acudió á donde estaba Arturo, y viéndole de aquella manera, y comprendiéndolo todo, le dijo que al punto se arrojara en el río, lo único que pudo poner fin á la persecución de las abejas.

Por espacio de algunos dias estuvo Arturo desfigurado y esperimentó una violenta calentura; pero lo que mas le

afligía sobre todo era su forzosa inacción. Para consolarle le dijo su padre:

—Mira, Arturo, tus abejas se han instalado en otro parage.

—¿De veras?

—Sí, hijo mio, pronto lo verás con tus propios ojos.

—¿Pero, qué medios ha empleado vd. para ello?

—El mas sencillo del mundo, y por consiguiente el mejor. Hemos fabricado una colmena de paja, y he recogido allí las referidas abejas que ahora hacen su miel para nosotros.

—Puedo asegurar á vd., padre mio, que á cada instante me sorprende. Nada le es á vd. desconocido, y siempre halla vd. preciosas recetas para todas las cosas del mundo.

—No, no, amiguito mio, respondió don Pedro; solamente he vivido mas que tú; he reflexionado tambien antes que tú; procura, pues, que lo que te ha pasado, te sirva de lección en lo venidero.

—Vd. presume, que lo que únicamente queria, era hacer una agradable sorpresa á mi madre....

—Sí, y la sorpresa no ha lisongeado mucho á la pobre Amelia, pues tiene un miedo espantoso. Prudencia, hijo mio, prudencia; he aqui lo que yo siempre te recomiendo sobre todo.

—Tranquílcese vd., padre mio, esta lección que he recibido me servirá de aviso para lo venidero. Sin embargo, ¿cree vd. que Felix tenga tanta prudencia?

—A propósito, ¿de qué le vituperas?

—Lejos de mi el pensamiento de vituperarle; pero digo, ó quiero dar á entender, que se espone á ser herido gravemente con la obstinación que demuestra al querer domesticar la *cebra* que ha cogido hace un mes, y al *alce*, que tambien cogió poco antes.

—¿Tú crees eso?... Ahora lo veremos.

Y dando el brazo al convaleciente, le condujo á un terreno de una vasta estension; pero Arturo quedó sorprendido cuando vió á Felix montado en la *cebra*, sobre aquel magnífico animal de formas tan delicadas, con las piernas tan ligeras y nerviosas. La *cebra*

se encaminaba por todas partes, relinchaba, sacudía su negra crin; pero Felix que había llegado a ser muy diestro jinete, preveía con oportunidad todas las malas intenciones de su cabalgadura, reprimiéndola al punto, ora tirando fuertemente de la brida, ora

apretando sus rodillas en los hijares del indócil animal. De grado ó por fuerza, la cebra concluía por obedecer, especialmente cuando veía á las otras bestias hacer otro tanto. Felix que gozaba con su triunfo quiso completarle, y dejó correr á la cebra á galope tendi-



do, y no se detuvo sino despues que el jinete y la bestia se fatigaron.

—Vamos, dijo el padre, has ganado tu desayuno; lleva tu bestia á la cuadra, y dale su racion cotidiana, y luego ven á reunirte con nosotros.

Ocioso es referir la conversacion que tuvo la familia durante el almuerzo; pues como debe pensarse, la conquista de la cebra fué el asunto principal de la conferencia. Don Pedro Muller, que nunca se descuidaba en colocar el precepto al lado del ejemplo, aprovechó esta ocasion para que mas sobresaliese la emulacion que inspiraba la vida de familia.

—Ya lo veis, hijos míos, dijo, hemos conseguido en el espacio de tres años resultados considerables. Sucesivamente nos hemos construido dos espaciosas habitaciones, hemos plantado gran número de árboles frutales que nos producen cuanto podemos apetecer; sombra, frutas, flores; esos

bienes preciosos dados por Dios, son de nuestra pertenencia. El terrible impetu de los elementos no ha hecho que desmaye nuestro valor, y una vez pasada la tempestad, hemos vuelto á comenzar nuestra tarea, momentáneamente interrumpida. Sabiamos bien, que con paciencia y una firme voluntad se podian hacer las mas grandes cosas. Esto no era bastante para nosotros; nos era preciso conquistar los animales, estos auxiliares de la naturaleza, tan útiles para el hombre. En esta misma isla los hemos encontrado á cada paso, pero salvajes y algunas veces terribles; sin embargo, se empeñó la lucha, y tengo la satisfaccion de poder decir, que la victoria ha estado de nuestra parte; aqui, haciendo justicia á nuestros fieles perros, los he visto venir enderezando sus orejas y mirarnos afectuosamente como si ellos me comprendiesen. Hemos reunido en nuestro derredor un grande redil, don-

de tenemos de todas clases de animales, no de los feroces ó inútiles, que solo sirven para satisfacer la curiosidad humana, sino animales inteligentes que nos prestan grandes servicios. Contamos con nuestros perdigueros,

con el búfalo, el avestruz, la cebra, las abejas, los gansos, los pájaros, y aun puedo añadir una hermosa manada de cabras de rara especie, que pastan á corta distancia de aquí sin curarse de nuestra vecindad.



¡Cuántos motivos no tenemos, hijos míos, para dar gracias á la Providencia! Pues bien; ¿creeis que hubiéramos tenido este ardor tan infatigable en nuestras tareas, si no nos hubiera sostenido la mas mútua afección? Porque nos amamos, porque deseamos sernos útiles los unos á los otros, hemos conseguido tan importantes resultados. Aquel adagio que dice: *en la union consiste la fuerza*, es una verdad eterna. Cuando seis personas animadas de un mismo sentimiento de afección, aspiran á igual fin, es imposible que no llegue á conseguirse. El cielo ha querido separarnos de nuestros semejantes, pero al menos eso no nos ha desunido enteramente. Bedigámosle, pues, hijos míos, porque si bien nos ha dado sufrimientos, también ha enviado una gran parte de consuelo.

Estas palabras, encontraron eco en

el corazón de los cuatro jóvenes tan admirablemente unidos; don Pedro Muller, comparando los actos de esta existencia con la de Robinson, quiso igualmente despedirse de lo pasado....

Nos explicaremos mejor; el aislamiento de la familia Muller, iba muy pronto á cesar.

En una deliciosa noche de otoño, estaban cenando nuestros desterrados, cuando escucharon un grande ruido semejante á una detonacion. Todos á un tiempo prestaron atencion, y el mismo ruido se oyó al cabo de dos minutos.

—¡Es un cañonazo! exclamó don Pedro.

—¿Crees tú que será un cañonazo? preguntó Amelia pálida con la emocion que experimentaba.

—¡Sí, sí! gritaron á la vez los jóvenes, es un cañonazo! prestemos atencion.

A este tiempo se oyó la tercera detonación, y por un movimiento espontáneo, toda la familia se levantó de la mesa.

—No cabe duda, dijo don Pedro; es una embarcación que se halla en peligro, ó que no conociendo el parage por donde camina, teme estraviarse y pide socorro. No perdamos tiempo, hijos míos, encended antorchas y seguidme. Situémonos en una eminencia donde sea fácil abordar, y acaso nuestras señales llamen la atención de los navegantes.

Don Pedro Muller no se había equivocado, porque las antorchas que él y sus hijos agitaban vivamente, produjeron el efecto que deseaban, pues los marinos dirigieron á este lado su embarcación, y después de una maniobra larga y difícil, tuvieron la satisfacción de tomar tierra sin accidente alguno. No omitamos decir, que los hijos de don Pedro, provistos de cuerdas, se habían echado á nado para socorrer á los viajeros.

Sin embargo, muchos pensamientos dividían el espíritu de los colonos. La satisfacción de volver á ver caras humanas después de tantos años de aislamiento, la de haber librado de un inminente peligro á una tripulación entera, y por último la de poder dejar la isla desierta, era turbada hasta cierto punto. Por eso don Pedro Muller sintió infinito que el capitán del *Royal-Star*, navio británico, pasase á tomar posesión de la isla en nombre de su soberano. Desde entonces aquel territorio apacible no fué mas que una colonia como otras tantas, donde empezaron á acudir marinos y soldados. Adios calma dichosa; adios aislamiento lleno de encantos y de pureza; adios por último vida patriarcal. La familia Muller no podía permanecer por mas tiempo en aquella isla, siendo mil veces mejor volver á Francia, ó pasar á los Estados-Unidos, de lo cual se había tenido proyecto.

Prevaleció esta última idea, enérgicamente apoyada por los jóvenes, siem-

pre deseosos de novedades, según sus costumbres y sus cortas edades. Don Pedro estuvo largo tiempo dudoso antes de decidirse á abandonar su querida isla, testigo de tantos trabajos, de esfuerzos, de sufrimientos; pero también de gustos y placeres. ... Al menos no quiso llevar consigo á ninguno de los animales que poseía.

—Pobres servidores, dijo, con gusto os trasportaria, pero seria esponeros á los azares de otra vida; tal vez mas tarde, quedaríais cautivos y tristes en alguna casa de fieras. ... No, no; libres habeis nacido; os devuelvo la libertad; partid, tornad á vuestros antiguos bosques; pastad la yerba. ... Adios, adios, compañeros de nuestro destierro.

Algunos dias después, el *Royal-Star*, conducía á su bordo á la familia Muller, partiendo hacia Nueva-York, donde arribó dichosamente, se estableció y prosperó. Pero no olvidemos decir, que los colonos situados en la cubierta del navio no cesaron de fijar sus ojos sobre la isla, hasta el momento en que confundiendo con la linea extrema del horizonte, desapareció enteramente.

Esta es, pues, amiguitos míos, dijo don Raimundo, la historia aventurera de la familia Muller, la que me parece les habrá gustado según el afán con que me exigian su conclusion.

—Es interesante, dijo don Casimiro, y doy á vd. en nombre de mis hijos las mas espresivas gracias por el buen rato que con dicha historia les ha proporcionado.

—No hay que dar gracias, respondió don Raimundo, dí mi palabra y era mi deber cumplirla.

Ramon y Carolina conociendo que era tarde, se levantaron, dieron las gracias á don Raimundo por el obsequio que les había hecho, besaron la mano á su papá, y acompañados de Ana, su buena mamá, pasaron al dormitorio. Don Casimiro y el huésped, se aproximaron mas á la chimenea y decidieron jugar una partida de ajedrez.

(Se continuará)

APUNTES MORALES.

GUILLERMO TELL.

III.

Un sol claro y refulgente alumbra y anima á uno de los bosques mas pintorescos pertenecientes á cierto canton de Suiza, y á corta distancia de una cascada que desciende de lo alto de una elevada roca, está Berta en traje de caza, que habla con Rudenz en tono de amistosa cordialidad.

—Al fin, señora, dice Rudenz, os encuentro sola; por todas partes nos cercan precipicios, mas en este desierto en el que no veo ningun testigo, quiero romper el largo silencio tanto tiempo encerrado en mi corazon.

—¿Estais seguro de que nadie nos sigue? preguntó Berta con desconfianza.

—Los cazadores, contestó Rudenz, están bien distantes de nosotros... Este es el mejor momento para que mi suerte se decida.... no me mireis con severidad; conozco que no soy digno de levantar mis ojos hasta vos, no tengo ni gloria ni honores, ni puedo colocarme al lado de los demas caballeros ilustres, que porsus hazañas pretenden vuestra mano.... Yo no tengo mas que un corazon lleno de amor y fidelidad.

Berta dirigió una mirada de enojo á su interlocutor y le dijo:

—¿Y os atreveis á hablarme de amor y fidelidad cuando faltais á vuestros mas sagrados deberes?

Rudenz escuchó estas palabras con sorpresa y retrocedió espantado.

—Si, continuó Berta, sois esclavo del Austria, vendido estais al extranjero, que se convierte en opresor de vuestro pueblo.

—¿Y vos me reconvenis, señora? preguntó Rudenz. ¿A quién he venido yo buscando en este partido sino á vos?

—¿Luego pensasteis hallarme en el partido de la traicion? Mejor daria mi mano á Gessler el tirano, que á un hijo desnaturalizado de la Suiza, que se convierte en instrumento de la tiranía.

—¿Qué escucho? exclamó Rudenz.

Y Berta prosiguió:

—¿Qué cosa hay mas importante para un hombre de honor que el interés de los suyos? ¿Hay un deber mas sagrado y honroso para un corazon noble, que la obligacion de constituirse en defensor de la inocencia y en protector de los derechos del oprimido? El corazon se me parte al ver á vuestro pueblo; yo sufro á su vez, y me es grato considerar á este género de hombres modestos y amigos de su libertad. Y vos, cuya naturaleza y deber os obliga á su defensa, le abandonais, y pérfidamente os poneis al lado de los enemigos, fabricais las cadenas de vuestro país; conducta poco noble que me aflige, y para no odiaos tengo una perpetua lucha con mi corazon.

—Yo solo deseo el bien de mi país, repuso Rudenz, y bajo el dominio del Austria creo que adquirirá la paz.

—No, la esclavitud; vos quereis despojar á vuestro pueblo del asilo que le queda; os han envuelto en las redes de la seduccion.

—Berta, vos me despreciais, vos me aborreceis.

—Esa era mi obligacion.

—Señora, exclamó Rudenz con vehemencia; me haceis concebir la dicha al mismo tiempo que motivais mi desesperacion.

—Conozco, sin embargo, prosiguió Berta, que no han desaparecido de vos los nobles pensamientos; pero duermen y yo quiero despertarlos. Es necesario

que ejerciteis la violencia contra vos mismo para no destruir vuestra virtud natural; conozco que sois bueno y noble.

—¿Teneis confianza en mí? preguntó Rudenz. ¡Oh! Berta, por vuestro amor, yo puedo esperar todo.

—Continuad siendo lo que la naturaleza generosa ha querido que seais; ocupad el lugar que ella os ha destinado, sostened á vuestro pueblo y combatid por vuestros sagrados derechos.

—Pero, desgraciado de mí, ¿cómo podré poseer vuestra mano si resisto al poder del emperador? ¿No es la voluntad soberana de vuestros parientes la que dispone de vos?

—Mis bienes, observó Berta, están situados en los tres cantones, y si la Suiza es libre, yo lo seré también.

—Berta, Berta, ¿qué perspectiva es la que me mostráis?

—Jamás esperéis obtener mi mano por el favor del Austria: no piensan mas que en mi herencia, y quieren unirme á un rico heredero; y esos mismos opresores que pretenden despojaros de la libertad, amenazan también la mía. ¡Ay, amigo mio! acaso soy una victima destinada á recompensar á un favorito; quieren confundirme en esta corte del imperio, donde solo existe el ardor y la falsedad.... me esperan las cadenas de un odioso himeneo, y vuestro amor puede salvarme.

—Luego vos, contestó Rudenz con prontitud, ¿os resolveis á vivir en mi patria...? Si es que podeis encerraros conmigo en este valle apacible renunciando al esplendor del mundo, ya he llegado al fin de mis esfuerzos.

—Ya te encuentro como mi corazón te deseaba, interrumpió Berta con alegría. No me habia equivocado.

Rudenz entonces enagenado por el gozo, miró á las rocas y prorumpió:

—¡Adios, vana ilusión que me habia seducido! En mi patria encontraré la dicha.... Tú quieres ser mía en mi patria ¡ay! lo que siempre he deseado.

—¿Y dónde tendrá la felicidad su residencia, continuó Berta, sino en la tierra donde se alberga la inocencia? ¿Aquí donde reside la buena fé, donde jamás ha penetrado la perfidia?... Ya

te contemplo con la dignidad del hombre, el primero entre los libres y generosos, y grande como un rey en su vasta monarquía.

Rudenz la cogió de la mano y lleno de ternura respondió con el mismo acento de satisfaccion:

—Y yo te miro á tí, la reina de las mugeres, ocupada con los cuidados de mi reino, convirtiendo mi pueblo en una mansion celeste, y adornando mi vida con tu gracia y tu hermosura, semejante á una primavera que esparce sus lozanas flores, animándolo todo, y haciendo feliz cuanto te rodea.

—He aquí, amigo mio, por lo que tanto me affliga, cuando te veia destruir tu suprema felicidad. ¡Qué desgracia para mí, si me hubiese sido necesario seguir á su oscuro palacio al orgulloso caballero, al opresor del pais! Aquí, no hay palacios, ni murallas que me separen de un pueblo que yo puedo hacer dichoso.

Rudenz quedó pensativo algun tiempo, y despues dijo:

—Pero, ¿cómo escaparme de los lazos que yo mismo me he echado?

—Rómpe los con varonil resolucion, contestó Berta.... suceda lo que suceda, quédate con tu pueblo, que es tu lugar conveniente.

Diciendo esto Berta, sonaron los instrumentos de caceria, y los amantes trataron de alejarse de aquel sitio á fin de no dar que sospechar; mas antes de partir dijo Berta á Rudenz:

—Combate por tu patria y por tu amor, porque hay un terrible enemigo delante del cual debemos temblar todos, y una libertad que labrará nuestra suerte venidera.

Con esto se dieron las manos y se alejaron en opuestas direcciones.

IV.

Mientras esto sucedia en el bosque referido, otra escena mas interesante todavia, se preparaba en una pradera cerca de Altdorf, donde aparecia un palo largo y en su punta estaba suspendido un sombrero custodiado por

dos guardias del gobernador. Estos dos soldados, viendo que nadie pasaba, sostenían el diálogo siguiente:

—En valde esperamos; nadie pasa por aquí para hacer la reverencia al sombrero; y sin embargo es costumbre que pase tanta gente por aquí, que siempre parece día de feria; mas hoy, desde que se ha suspendido este espantajo en el palo, ninguno quiere pasar, y la pradera parece un desierto.

—Es verdad, contestaba el compañero, no vemos mas que miserables mugeres, porque los hombres prefieren dar un largo rodeo á rendir homenaje al sombrero. Y hablándote sinceramente conozco que esto es una ridiculez, y vergonzoso que un militar se convierta en guarda de un sombrero.

De este modo hablaban cuando acertaron á pasar algunas mugeres que llevaban á sus hijos de las manos, contándose entre las primeras á una llamada Matilde, y á Isabel, de la que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Los niños que no comprendían la razon de hallarse allí suspendido aquel sombrero, preguntaban á sus madres la razon, y estas contestaban segun lo que sabían sobre el particular. El número de curiosos se fué aumentando, y en el momento que los soldados despejaban para que no se acercasen demasiado al palo del sombrero, apareció Guillermo Tell con su ballesta y llevando de la mano á su hijo Walther, con el cual pasó por delante del sombrero sin fijar la atención; pero el niño reparó en esta ridicula insignia y dijo de pronto á su padre:

—Mira, mira, padre mio: han puesto un sombrero en lo alto de un palo.

—¿Qué nos importa á nosotros ese sombrero, respondió Tell? prosigamos nuestro camino.

Pero al mismo tiempo que se alejaba, uno de los soldados se avanzó con su pica, y deteniendo á Tell, exclamó:

—En nombre del emperador, detente y no pases mas lejos!

Tell echó mano á la pica con que el soldado le amenazaba, y le dijo:

—¿Qué pretendes?... ¿Por qué me detienes?

—Has violado las órdenes del gobernador, repuso el soldado; sígueme.

—No has hecho la debida reverencia al sombrero, dijo el otro guardia.

—Yo ignoraba semejante orden, contestó Tell, dejadme continuar mi camino.

—Vamos, vamos á la prision, respondió el primer soldado.

Walther, el hijo de Guillermo que escuchó esto no pudo contener su infantil emocion, y comenzó á gritar:

—¡Socorro! ¡socorro! que quieren aprisionar á mi padre, protegedle.

A estas voces acudieron gentes, y todos unánimes se opusieron al arresto de Tell; pero los soldados respondían á todas las objeciones:

—Es un enemigo del emperador; es un traidor.

—¡Yo traidor, viven los cielos! exclamó Tell enfurecido, procurando desasirse.

—¡Mentira, gritó la multitud! Tell es un hombre de honor, un valiente ciudadano.

Walther, el hijo de Guillermo que vió venir á Walther Furst, voló á su encuentro, y abriéndole sus brazos, exclamó llorando:

—¡Socorro, abuelo mio, mi padre se vé maltratado por los soldados del gobernador!

Walther Furst, á pesar de su sorpresa y de sus años, precipitó el paso, y poniéndose delante de los soldados dijo:

—Detenéos: yo salgo por fiador del preso..... En nombre de Dios, Tell, ¿qué ha sucedido?

Uno de los soldados al mismo tiempo que violentamente queria llevarle, decia:

—Desprecia el poder supremo del emperador, no quiere reconocer á su gobernador.

—¿Es posible que Tell se haya conducido de ese modo? No lo creo.

—No ha querido saludar al sombrero, prosiguió el guardia.

—¿Y por eso se le ha de aprisionar? dijo Walther Furst. Acepta mi fianza, amigo mio, y déjale en libertad.

—Guardad vuestra fianza y dejadnos

cumplir con nuestro deber. Adelante, Tell, adelante.

Tres de los agrupados quisieron por medio de la fuerza favorecer á Tell, mas éste exclamó sujetándolos:

—Yo mismo tengo valor suficiente para libertarme de estos tiranos: ¿creeis que si yo emplease mi fuerza no los confundiría?

—Aquí se acerca el gobernador, gritaron unas mugeres.

Con efecto, en este instante se presentó Gessler á caballo seguido de un lucido acompañamiento, entre el cual se veía á Berta y Rudenz.

—Dispersad á esa gente, dijo el gobernador apeándose del caballo y acercándose á los soldados que tenían sujeto á Tell. ¿Quién ha implorado socorro? ¿Qué pasa?

A esto sucedió un silencio general, y Gessler continuó:

—Quiero saberlo todo.

Y dirigiéndose al soldado que tenia cogido á Tell por un brazo, dijo:

—¿Por qué sujetas á este hombre?

—Poderoso señor, dijo el militar, yo soy uno de vuestros soldados puesto de centinela al lado de este sombrero; he aprisionado á este hombre porque rehusaba saludarle, le he detenido segun vuestras órdenes, y el pueblo quiere quitármelo con violencia.

Gessler dejó pasar un momento sin hablar, sin hacer otra cosa que mirar á Tell y á cuantas personas le rodeaban, pero al fin dijo á Guillermo:

—¿Así desprecias las órdenes del emperador y las del gobernador que le representa?

—Podeis dispensarme, señor, respondió Tell con respeto; he obrado por inadvertencia y no con intento de despreciar vuestras órdenes.... Os pido merced, y á fé de Guillermo Tell, os prometo que no me sucederá mas.

—Me han dicho que eres un diestro tirador, y que jamás lanzas una flecha sin aprovecharla bien.

—Es cierto, monseñor, respondió el hijo de Tell de pronto; mi padre atraviesa una manzana á cien pasos de distancia.

—¿Es este tu hijo? preguntó el gobernador.

—Si, monseñor, respondió Guillermo.

—¿Tienes muchos hijos?

—Tengo dos.

—¿A cual de ellos quieres mas?

—Ambos son hijos míos, y á los dos quiero igualmente.

—Pues bien, continuó Gessler, puesto que atraviesas una manzana á la distancia de cien pasos, es preciso que me des una gran prueba de tu singular destreza; justamente tienes en tu mano la ballesta.... Prepárate á tirar á una manzana puesta sobre la cabeza de tu hijo, mas ten cuenta con atravesar la manzana del primer tiro, porque si faltas el golpe te costará la cabeza.

A semejante proposicion todos dieron muestras de espanto, y principalmente Tell, que entristecido y confuso, respondió:

—Monseñor, reparad cuan horrible proposicion es la que me haceis.... ¿Puedo yo apuntar á la cabeza de mi hijo?.... No, no, mi buen señor, no, no puede concebirlo vuestra mente; que el Dios de misericordia me preserve de aceptar.... Vos no podeis exigir de un padre semejante cosa.

—Tú atravesarás una manzana puesta sobre la cabeza de tu hijo.... yo lo quiero, y yo lo mando.

—¿Y he de tirar yo á la cabeza de mi hijo?.... Primero me dejaré matar.

—Ó tiras, ó mueres con tu hijo.

—¿Ser yo el asesino de mi hijo! Cómo se conoce que vos no teneis hijos, ni sabeis lo que se quieren.... vos no sabeis lo que sufre en estos momentos el corazon de un padre.

—Tengo noticias, prosiguió el gobernador, que te alejas de los hombres, y que eres amigo de las cosas extraordinarias, y por eso te escojo para esta accion atrevida. Otro cualquiera reflexionaria, pero tú vas á cerrar los ojos, y á aceptar este partido.

Berta que hasta entonces habia permanecido muda espectadora de cuanto pasaba, al ver que Gessler queria á todo trance llevar á cabo su propósito, se acercó al gobernador y le dijo:

—No os chanceis, monseñor, con es-

tas pobres gentes; vedlos á todos pá-
lidos y temblando delante de vos....

No están acostumbrados á tomar vues-
tras palabras como mero pasatiempo.

—¿Y quién os ha dicho que yo me
chanceo? dijo Gessler.

Y aproximándose á un árbol cogió
una manzana y continuó:

—Aquí está la manzana, paso, que
tome la distancia segun costumbre....
Le concedo ochenta pasos, no quiero
que sean los ciento.

—Basta, monseñor, prosiguió Ber-
ta, es inhumano burlarse así de la ago-
nia de un padre.

—Vamos, haced lugar, continuó el
gobernador con imperio sin poner aten-
cion en las palabras de Berta: ¿en qué te
paras? preguntó á Tell: has merecido
la muerte, y aun puedo hacértela su-
frir, pero soy demasiado clemente;
adelántate, cazador, es preciso que
nos muestres tu destreza; el objeto es
digno de tí.

Walter Furst se echó á los pies del
gobernador, y dijo con acento senti-
mental:

—Monseñor, reconocemos vuestro
poder; pero preferid la clemencia á la
justicia; tomad la mitad de mis bienes,
tomadlos todos, y evitad el dolor de
un padre.

—Abuelo, dijo el niño, no te pongas
de rodillas delante de este hombre tan
malo: decidme donde debo ponerme, que
yo no tengo miedo ninguno. Mi padre
atravesó los pájaros al vuelo, y no
puede por consiguiente herir el cora-
zon de su hijo.

—Señor, continuó el anciano arro-
dillado, ¿no os conmueve la inocencia
de este niño?

—Que le venden los ojos, dijo el go-
bernador.

—Yo no quiero que me venden, es-
clamó el niño; yo me estaré quieto como
un cordero sin respirar. ¿Pensais que yo
temo una flecha disparada por mi pa-
dre? Vereis como la espero con firme-
za.... Vamos, padre mio, haz ver, á es-
te tirano que eres un excelente caza-
dor; no te cree, piensa perderte.

El niño corre y se pone debajo de
un árbol, y él mismo coloca la manza-
na sobre su cabeza. Walther Furst se

levantó del suelo, y Gessler prosiguió
dirigiéndose á Tell:

—A la obra; no se llevan esas ar-
mas impunemente.

Tell entonces estendió su ballesta, y
puso una flecha en el arco esclamando:

—¡Separaos! dadme lugar.

Pero al tiempo de hacer la punteria,
cayó la ballesta de su mano.

—¡No puedo, Dios del cielo! ampa-
radme. Gobernador, aquí teneis mi
corazon, mandad á vuestros soldados
que me quiten la vida.

—Yo no quiero tu vida, sino que
tires. Tú lo puedes todo, nada te asus-
ta, ni la tempestad te amedrenta cuan-
do quieres salvar á alguno; ahora sál-
vate á tí propio como salvas á los de-
mas.

Tell en este momento se encontraba
esperimentando la mas violenta agi-
tacion; sus manos temblaban, ora sus
ojos se volvian hácia el gobernador,
ora los dirigia al cielo; pero de repen-
te toma de su carcax otra flecha y la
oculta cuidadosamente en su seno,
cuyo movimiento fué observado por
el gobernador. Pero al fin reunió sus
fuerzas, y en medio del terror de los
espectadores se preparó á tirar. Ru-
denz mientras tanto se llega al gober-
nador, é inspirado por las primeras
espresiones de Berta, le dijo:

—Señor gobernador, vos no podeis
llevar el asunto mas lejos; esto no era
mas que una prueba; un rigor de es-
ta naturaleza no está en conformidad
con vuestra prudencia, y sabed que la
cuerda demasiado tirante se rompe al
fin.

—Callad hasta que yo os mande
hablar, repuso el gobernador con im-
perio.

—Yo hablo, porque debo hablar; el
honor del rey es un sagrado para mí;
pero con semejante conducta no se
atrae mas que el odio.... ¡esa no es la
intencion del rey! mis conciudadanos
no merecen semejante crueldad, y
vuestro poder no puede estenderse á
tanto.

—¿Qué osais decirme? preguntó
Gessler enfurecido.

—Hace mucho tiempo que he guar-

dado silencio acerca de las malas acciones de que he sido testigo, pero callarme ahora sería hacer traición á mi patria y al emperador.

—¡Oh! Dios mío, exclamó Berta interponiéndose; vos irritais mas á este hombre furioso.

—He abandonado á mis conciudadanos, prosiguió Rudenz, y he renunciado á mi familia, rompiendo los lazos naturales que á ella me unían para agregarme á vos, creyendo que obraba bien afirmando aquí el poder del emperador; la venda que me cegaba ha caído de mis ojos, y he conocido que con la voluntad mas noble labraba la perdición de mis compatriotas.

—¡Temerario! exclamó el gobernador, ¿asi hablas contra tu señor?

—El emperador es mi señor y no vos; yo he nacido libre como vos, y puedo igualarme con vos respecto á las cualidades de caballero.... Si, hacéd señas á vuestros soldados para que me prendan; no estoy sin armas como el pueblo, tengo una espada, y el primero que se aproxime....

A este tiempo se oyó un grito general que decía:

—¡La manzana ha caído!

Era que mientras Rudenz hablaba con Gessler, Tell había lanzado su flecha y atravesado la manzana.

—¡El niño vive! exclamaban las mujeres.

—¿Ha tirado ya? preguntó Gessler admirado.... ¿Cómo este demonio!...

El niño corrió hacia su padre con la manzana.

—Hela aquí, padre mío; ya yo sabía que tú no harías daño á tu hijo.

Tell estrechó á su hijo contra su seno, pero las fuerzas le faltaron y se vió espuesto á desmayarse. Todos le miraban con emoción. Walter Furst se acercó al padre y al hijo, y abrazólos tiernamente diciendo:

—¡Hijos míos, hijos míos!

—¡Vive Dios, que la manzana está atravesada por la mitad, dijo Gessler entre dientes.... Escucha, Tell:

—¿Qué me mandais, señor?

—Tu has guardado otra flecha en tu seno; lo he visto. ¿Cuál era tu intención?

—Monseñor, es costumbre de los cazadores....

—No, Tell, no admito esa respuesta, tú tenias otro pensamiento; dime francamente la verdad, que tu vida está asegurada. ¿Qué querias hacer de esa flecha?

—Pues bien, señor, puesto que me perdonais la vida si os digo la verdad, yo os la diré. Si yo hubiese herido á mi querido hijo, con esta flecha os hubiera atravesado el corazon, y por cierto que este disparo hubiera sido certero.

—Muy bien, Tell; te prometí la vida bajo palabra de caballero, pero pues que conozco tus malas intenciones, voy á mandar que te lleven á un parage donde no vuelvas á ver la luz del día. De este modo me pondré al abrigo de tus flechas. Atadle y conducidle.

Los soldados le ataron, y Gessler continuó.

—Llevalle á mi barca, y esperadme, que yo mismo le conduciré á Kussnacht.

Y diciendo esto, se alejó se ruido de su comitiva. El niño se abrazó á su padre, y este le dijo:

—No llores, hijo mío, adios.

—¡Padre mío, padre mío!

—En el cielo está tu padre; invócale.... Pero ¡qué alegría! mi hijo está sano y salvo, y Dios me ha socorrido.

Y partió cercado de las tropas del gobernador.

(Se continuará.)

MATRIMONIO. No hay alianza ni sociedad mas hermosa, mas dulce, y mas dichosa que un buen matrimonio. Qué placer causa ver á dos esposos vivir unidos y en paz; pero nada hay mas terrible y doloroso que la ruptura de esos lazos.

Lutero.

De los males que afligen al hombre, pocos son los que él mismo no se ha buscado; lo que le hace desgraciado es el abuso de sus facultades. La naturaleza le hace pagar bien caro el desprecio de sus lecciones.

J. J. Rousseau.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL TESORO.

(Conclusion.)

Los primeros meses fueron los mas penosos para el jóven encuadernador que ya habia adquirido costumbres que en vano se esforzaba quebrantar, porque la continuacion del trabajo le era de todo punto insoportable, pero era preciso renunciar á aquella movilidad caprichosa que hasta entonces habia conducido sus acciones, y resistir á las instancias de sus antiguos amigos. Esto fué en un principio una empresa difícil; en no pocas ocasiones llegó á faltarle el valor y se vió á punto de tornar á sus anteriores desórdenes, pero la esperanza de adquirir algun dia el objeto que se habia propuesto le reanimaba, entregando al inválido su paga que se aumentaba de semana en semana, con lo cual Carlos veia acercarse por instantes la dichosa época de su ventura. Caminaba poco á poco, pero al fin caminaba: de dia en dia, iba notando mas gusto hácia el trabajo; el hombre es semejante á una embarcacion cuyas velas son las pasiones; entregadlo al fiero vendabal del mundo y se precipitará arrastrado por la corriente y los escollos, pero conducido por el buen sendero, y la navegacion no presentará tantos peligros; echadle en lugar oportuno el ancla y nada en fin tendreis que temer.

Esto sucedió al jóven encuadernador, que á medida que sus costumbres iban siendo mas arregladas, sus gustos tomaban al mismo tiempo distinta direccion; la asiduidad á su trabajo durante el dia, le convidaba al dulce reposo de la noche, y la abstraccion que habia hecho á la amistad di-

sipada proporcionaba nuevos encantos al tio y á la sobrina; esta última adquirió con el cambio de su primo su amistosa familiaridad y su natural contento. Carlos se admiraba tambien de hallar en Susana cualidades y gracias que jamás tuvo tiempo de observar. Sin que él mismo lo advirtiera, su vida tomaba un rumbo hasta allí desconocido, tanto, que la esperanza del tesoro prometido por Vicente no era el solo móvil de su conducta, porque á cada accion se acordaba de Susana, y procurando merecer su aprobacion en todo, cada dia la iba queriendo mas. El corazon humano es una especie de daguerreotipo moral; rodeadle de imágenes sensibles y ordenadas, alumbrale con el sol de la ternura, y todas estas imágenes quedarán grabadas para siempre. La vida que Carlos practicaba apagaba poco á poco sus ardientes ambiciones; presenciaba la mas sencilla felicidad; su paraíso no era un cuento de las Mil y una noches, sino un reducido espacio lleno de atractivos que él mismo podia encerrar entre sus brazos.

Sin embargo, todo esto sucedia sin que él mismo lo notase, dejándose llevar de su natural inclinacion, y sin estudiar la causa que le impelia á su nuevo proceder; su trasformacion, aunque visible para los que con él vivian, fué un secreto para Carlos, pues no notaba su cambio, sintiéndose solamente tranquilo y mas dichoso; la única novedad que apareció en sus sentimientos fué su amor hácia Susana, pues desde entonces la consultaba para todos sus proyectos.

Este nuevo elemento de felicidad, cifrado en su porvenir, modificó las demas; los millones ocultos en vez de ser el objeto capital de su pensamiento no era mas que un medio de verificac-

su union con Susana, mirándolos como una adición importante, pero accesoria á sus esperanzas; por último, quiso saber tambien con entera certidumbre si su amor tenia correspondencia.

Paseábase una noche por la sala mientras que Vicente y su prima hablaban sentados á la mesa, respectivamente al primer maestro de Carlos, quien despues de treinta años de una vida honrada y laboriosa, acababa de poner en venta sus utensilios de encuadernador con el objeto de retirarse á su provincia acompañado de su anciana esposa.

—He aquí un matrimonio que ha sabido fabricarse un paraíso en la tierra, decía el veterano, siempre de buen humor, siempre amigo del trabajo.

—Sí, respondia Susana con cierto ademán de convicción, los mas ricos pueden envidiar su fortuna.

Carlos, que se paseaba en esto por delante de la jóven, se detuvo de pronto y dijo:

—¿Quisieras tú que tu marido te amase así, Susana?

—¿Quién lo duda?... Si yo fuese tan dichosa... contestó la jóven sonriendo y ruborizándose un poco.

—Bien pudieras conseguirlo, respondió Carlos con prontitud, y para ello no tienes mas que decir una palabra.

—¿Qué palabra, primo mío? balbuceó Susana algo mas turbada.

—Que me aceptas por marido, replicó el jóven encuadernador.

Pero como viese el movimiento de sorpresa y confusion de su prima, continuó:

—No te turbes por eso, Susana; hace mucho tiempo que andaba inclinado á hacerte esta revelación... esperaba para ejecutarlo una ocasión que nuestro tío conoce bien, pero tú debes tambien comprender que esta declaración que te hago no es violenta, sino dictada por mi corazón... Ahora sé franca conmigo del mismo modo que yo lo he sido para ti, no me ocultes tus sentimientos; nuestro tío está presente y nos escucha, y nos reprenderá sino decimos cosa puesta en razón.

El veterano tomó de la mano á la jóven, y acercándola á Carlos dijo sonriendo:

—Vamos, habla.

—Susana, una palabra sola, nada mas que una palabra! por Dios! exclamó el jóven que proseguia estrechando con emoción la mano de su prima... ¿quieres ser mi esposa?

Susana escondió el rostro en la espalda del jóven, y llena de rumor, dijo un sí casi inarticulado.

—¡Bien, bien, y mil veces bien! exclamó Vicente dando un golpe sobre la mesa... vengan vuestras manos.

Y juntándolos, prosiguió:

—Ahora abrazaos. Os concedo esta noche para vuestras amistosas confidencias, y mañana hablaremos con mas certidumbre acerca del negocio.

Con efecto, á la mañana siguiente el soldado llamó á parte á su sobrino, y le dió la feliz noticia de que la suma necesaria para emprender el viage se habia ya completado, y que en su consecuencia se podia señalar el momento de la partida.

Esta nueva, que en otro tiempo hubiera debido entusiasmar á Carlos, le causó en aquel instante un sentimiento doloroso; era, pues, preciso dejar á Susana en el momento mismo de su mas cordial afección; esponderse á todas las dificultades de un viage largo, difícil, incierto, y cuando tenia mas gusto en quedarse en Madrid. Llegó el caso en que el jóven maldijo los millones, que era preciso ir á buscar tan lejos, porque despues que cambió su método de vida, sus deseos de riquezas se habian debilitado hasta cierto punto. Y con efecto, ¿á qué tanto oro para comprar ventura? ¿No la habia encontrado ya?

Sin embargo, no se determinó á decir nada á su tío, y aseguró que se hallaba dispuesto á seguirle... El inválido se encargó de los preparativos del viage, para cuyo efecto estuvo saliendo muchos dias consecutivos acompañado de Susana.

En fin, un dia se paró á la puerta un coche, y Vicente vino á anunciar al jóven Carlos que era llegado el instante de la partida. Susana se ha-

llaba ausente, y el buen soldado rogó á su sobrino que le siguiera y no la esperase para despedirse de ella, porque se había marchado por no poder soportar el doloroso instante del último adios, aun con la esperanza de la vuelta. El tío y el sobrino entraron en el coche y dieron principio á su viage.

Vicente tuvo el cuidado de agenciar y reunir, en una de sus salidas, todos los periódicos que habían hablado del famoso depósito en las márgenes del Duero, y cuando se vió solo con Carlos en el coche, le entregó los papeles, rogándole al mismo tiempo que los recorriese todos por si contenían alguna otra indagación mas positiva que le pudiera ser de utilidad.

Carlos vió primeramente los papeles que hablaban de los pormenores que ya conocia; despues los que trataban respecto á la negativa del gobierno; esplicaciones acerca de varias indagaciones infructuosas, hechas por muchos negociantes de Barcelona, y ya creia agotados los documentos cuando se fijaron sus miradas en una carta firmada por un tal Pedro Satorres.

—Pedro Satorres, repitió Vicente, ese es el nombre del que era furriel de mi compañía.

—Con efecto, respondió Carlos, ese es el título que se da en la carta.

—Pues así Dios me salve, yo lo creia ya en el otro mundo. Sepamos lo que dice, pues era tambien uno de los confidentes de mi capitán....

Carlos, en lugar de responder, lanzó un grito, y habiendo acabado de recorrer la carta, palideció:

—¿Qué sucede? preguntó Vicente con tranquilidad.

—¿Qué sucede? repitió Carlos.... que Satorres dice la verdad; nuestro viage es completamente inútil.

—¿Por qué?

—Porque los cajones ocultos no estaban llenos de dinero, sino de pólvora.

Vicente miró á su sobrino y dió una estrepitosa carcajada.

—¿Con que era pólvora? exclamó riendo.... Por eso antes de enterrarlos se sacaron de allí cartuchos....

—¿Luego vd. lo sabia? interrumpió Carlos.

—Como que yo lo vi.

—Y entonces... vd. me ha engañado, dijo el jóven, vd. no creia la existencia de semejantes millones, y su promesa ha sido puramente una burla.

—Una verdad, replicó el soldado con gravedad, yo te he prometido un tesoro, tú le tendrás, solamente que no iremos á buscarle tan lejos.

—¿Qué me quiere vd. decir con eso?

—Pronto vas á saberlo.

El coche se paró á este tiempo delante de una tienda, los viajeros se apearon y entraron en ella. Carlos reconoció el taller de encuadernación de su antiguo maestro, pero restaurado, muy pintado y con todas las herramientas necesarias para el oficio. Disponíase á pedir una explicación respecto á lo que veia, cuando sus ojos quedaron clavados en el nombre del propietario del establecimiento, grabado con letras doradas en lo interior y mas elevado de la tienda. La muestra decia: CARLOS MUÑOZ, ENCUADERNADOR.

En este instante se abrió la puerta de la trastienda y vió una bonita y elegante chimenea encendida, una mesa servida, y á Susana, que sonriendo le hacia señas para que entrase.

Vicente se encaminó hácia Carlos, y cogiéndole la mano, le dijo:

—He aquí el tesoro que yo te habia prometido; un buen establecimiento que te proporcionará la subsistencia, y una buena muger que te hará dichoso. Todo cuanto ves aquí lo has ganado tú con el sudor de tu frente, y en su consecuencia todo te pertenece... No te enojés si he llegado á engañarte; tú sólo ambicionabas la dicha, y yo me li-songeo de habértela proporcionado haciendo para ello como las nodrizas que untan de miel la superficie de la copa que contiene el líquido que rechazan los niños. Ahora que conoces bien en qué parage está la ventura y que has empezado á gustarla, no la rehuses mas.

Acabada la comida dijo Carlos á su prima que queria decirle un secreto. Retiráronse á una pieza donde habia un especie de pretil que daba á un

patio, y abrazándola tiernamente la esposa, la única cosa que falta para mi dijo: felicidad.

—Es preciso que mañana seas mi No pasó mucho tiempo sin que tuvie-



sen cumplido efecto los deseos del jó- ced á la singular estratagema del rús-
ven encuadernador. tico veterano.

En adelante fueron dichosos, mer-

HOMBRES CELEBRES.

VALENTIN DUVAL.

Vamos á ocuparnos de un personaje, que como los anteriores, debió á sus propios esfuerzos el elevado puesto en que le colocó la sociedad; llamábase, pues, Valentin Jamaray Duval, que nació el año de 1693, y fué hijo de un pobre labrador de la aldea de Artenay, perteneciente á la antigua provincia de Champagne. Contaba solo diez años cuando tuvo la desgracia de perder á su padre, y su madre reducida al último estremo, se encontró en la dura precisión de entregar á su hijo á un aldeano que le empleó en la guarda de una numerosa manada de pavos. El joven Valentin habiendo oido decir cierto dia que los pavos tenían una estremada aversion hacia el color encarnado, quiso con la curiosa actividad de su imaginacion, que ya procuraba averiguarlo todo, asegurarse de esta opinion, y ató al cuello de uno de estos animales un pedazo de bayeta encarnada; pero el pavo llegó á ponerse furioso á tal estremo, que le hizo pedazos al instante, y con esto el niño indagador, conoció la certidumbre de lo que generalmente se decia; mas esta observacion le fué tan perjudicial que el dueño de la manada, le espulsó de su lado y á pesar de los ruegos del niño, el aldeano se mostró inflexible en su resolucion. Valentin se arrepintió de lo que habia hecho y esperimentó un grande pesar, máxime cuando sabia el estado de miseria en que su pobre madre se hallaba, y que era imposible que le pudiera mantener. Reclamó la misericordia del cielo, y con las lágrimas que corrian abundantemente

por su afligido rostro, se despidió de la aldea. La estacion era muy cruda y muy difícil ganar el pan; el pobre niño iba de aldea en aldea ofreciendo á todo el mundo sus cortos servicios; pero como la miseria era tan grande, todos tenían bastante consigo mismo y rehusaban los servicios de otros, de modo que Valentin no encontraba medios de poderse alimentar. Errante de puerta en puerta, casi mendigando el sustento, cubierto de harapos, con los pies desnudos y pisando la nieve en uno de los mas crudos inviernos, de que no se vió egemplo en lo sucesivo, no habiendo obtenido un pedazo de pan en todo el dia, y no enecontrando tampoco un poco de paja en alguna granja para pasar la noche, el pobre viagero creyó sucumbir en el camino victima del rigor de su cruel situacion. Habiendole llegado á Bria se sintió atacado de un dolor de cabeza tan violento, que pensó que se abria su cráneo; en este estado, pues, llegó á la puerta de una cabaña.

—¡Piedad, piedad, tened misericordia de mí! exclamó Valentin á la primera persona que se le presentó. No os pido mas que rineón un donde pueda acostarme al abrigo de la inclemencia del cielo, á fin de soportar estos fuertes dolores que me acosan.

El dueño de la cabaña conmovido al aspecto que presentaba este pobre niño, le condujo al momento al establo de las ovejas donde al benéfico aliento de estos animales, fué poco á poco disipando el frio estremado de Valentin; pero su intolerable dolor de cabeza seguia pertinaz, llegando á caer el pobre niño en un espantoso acceso de delirio. A la mañana siguiente pasó el aldeano á verle, con el objeto de preguntarle cómo habia pasado la noche, y le encontró con los ojos muy encendidos,

el rostro hinchado y todo su cuerpo cubierto de ronchas y postillas.

—¿Qué veo? exclamó su rústico bienhechor. Niño, tú estás acometido de viruelas; si, hijo mio, créeme, no tienes otro arbitrio que encomendarte á Dios para que mire por tu alma, pues el mal que tienes te conducirá indudablemente á la sepultura. Tampoco hay un médico en toda esta cercanía; nosotros somos pobres, muy pobres, como lo ves, y no podremos aliviarte en la prolongada enfermedad de que estás amenazado. Yo te lo ruego, hijo mio, ruega á Dios con todo el fervor de tu alma, y déjate morir.

Valentin no respondia nada, porque estaba casi enteramente privado de razon y de sentimiento, y aunque oía, no podia pronunciar una palabra siquiera. El dueño de la cabaña, en medio de su estremada miseria, quiso mostrarse benéfico con el enfermo niño, y habiendosalido de la humilde mansion, volvió poco tiempo despues con una caja grande de carton en la cual traia algunos restos de ropa blanca, de donde improvisó vendajes con que poder envolver al virolento desde la cabeza á los pies, despues de despojarle de sus harapos. En seguida le acostó sobre el estiércol de la cuadra, y haciendo sobre su cuerpo la señal de la cruz, le encomendó á Dios, bien convencido de que á pesar de los cuidados que tenia, no conseguiria volverle á su primitivo estado de salud. Arropado, por decirlo asi, en el estiércol, esperiméntó Valentin un sudor abundantísimo que en muy poco tiempo determinó la erupcion fija en la parte exterior de la piel, y ya se concibieron esperanzas respecto á su salvacion.

El buen aldeano no habia engañado al jóven enfermo, cuando le aseguró que su pobreza era estremada, porque el mismo Valentin fué testigo que echaba mano de los humildes muebles que tenia en la cabaña para venderlos. La única manutencion que pudo ofrecer á su enfermo cuando estuvo en estado de convalecencia, fué agua cocida con un poco de harina, y algunos pedazos de requeson tan duros, que era necesario valerse del cuchillo para poderlos

partir. Ciertamente, la manera de volverle á la vida habia sido poco costosa; y sin embargo, la desgracia del aldeano fué tal, que se encontró precisado á decir al desventurado niño que ya no podia por mas tiempo soportar los gastos que le ocasionaba su enfermedad.

—Mucho lo siento, hijo mio, decia; pero tú mismo puedes justificarme, puesto que has presenciado mis sacrificios.

—¿Cómo ha de ser? contestó Duval, tengamos confianza en la divina Providencia.

Pero antes que llegara el caso de la separacion, el pobre aldeano tuvo una buena inspiracion, y se dirigió á casa del cura del distrito, situada á una legua escasa de alli, y le refirió la situacion deplorable del desgraciado Valentin, y el caritativo eclesiástico dispuso que se condujese al enfermo á una casa inmediata á la suya. Valentin Duval fué sacado entonces de la cuadra y de entre el estiércol; subiéronle en una mula y le arroparon perfectamente para preservarle de la nieve; el aldeano caminaba á pie, y á su lado, á fin de sujetarle, y de este modo llegó á la casa inmediata á la del cura. Valentin esperiméntó un frio tan intenso durante la marcha, que todos creyeron cuando le vieron llegar que se le habria descompuesto algun miembro para toda su vida, lo que indudablemente le hubiera sucedido si al punto no le hubieran aproximado al fuego; pero tuvieron la oportuna precaucion de frotar su cara, sus piernas y sus brazos con nieve hasta que tomó algun movimiento; de suerte, que la caridad del cura acabó bien pronto la curacion del pobre niño.

Desgraciadamente este buen eclesiástico no era rico, de modo que su bolsa no correspondia con sus benéficos deseos; y Valentin Duval recibió al poco tiempo aviso de que debia prepararse y buscar á donde estar. Fué, pues, necesario solicitar asilo en otra parte.

Despidióse del caritativo eclesiástico despues de haberle manifestado su agradecimiento, y atravesando la

Champagne, llegó cerca de Lorena, á la aldea de Clesantina, donde al fin encontró á un pastor, á quien luego que hubo saludado, le dijo del modo mas lastimoso el peligroso estado de su salud; refirióle al mismo tiempo los padecimientos de que habia sido víctima, y por último le preguntó si tenia alguna ocupacion que darle, pues deseaba trabajar para ganar su sustento con honradez. El pastor, compadecido, se brindó á buscarle acomodo, y le tuvo á su lado por espacio de dos años, durante los cuales la Providencia le condujo á una ermita llamada la Rochette, donde el piadoso anacoreta que la habitaba, que se llamaba el hermano Palemon, se encargó de educarle, conociendo su viveza y talentos naturales. En suma, supo inspirar al penitente un interes tan profundo, que dividió con él sus trabajos, su actos religiosos, su frugal comida, y todos los dias le daba una leccion de lectura.

Cuando le pareció conveniente al hermano Palemon, recomendó á su joven educando á otros cuatro anacoretas que vivian en una ermita conocida con el nombre de Santa Ana, cerca de Luneville, de quienes Valentin fué perfectamente recibido; le emplearon en la guarda de seis vacas que servian para la cultura de unas cuantas aranzadas de tierra que poseian, y desde entonces comenzó para Valentin Duval una nueva era. Aprendió á leer con entera perfeccion, y uno de los ermitaños, el mas anciano de todos, le trazó con sus temblonas manos los elementos de aquel arte ingenioso que sirve para transmitir sobre el papel el pensamiento humano. Valentin, para no incomodar al buen anciano, y poderse pasar sin sus lecciones, se valia del siguiente modo: proveyóse de un pedazo de cristal cuadrado, le puso sobre un ejemplar, y escribia sobre la superficie las mismas letras que estaban debajo, y con la repeticion de este ejercicio, adquirió en muy poco tiempo una gran facilidad para escribir; la adquisicion que hizo tambien en la ermita de Santa Ana de un compendio de aritmética, le hizo aprender las cuatro reglas.

«Esta admirable ciencia, dice el mismo, que por la audacia de sus cálculos lleva la antorcha de la discusion hasta las tenebrosas regiones de lo infinito, fué para mí un manantial inagotable de distraccion y placer.»

Escogió en medio de los bosques vecinos á la ermita, un parage solitario donde pudiera entregarse al estudio en la calma y el silencio, y no contento todavia con meditar allí de dia, lo verificaba tambien las noches de verano.

Una noche que se divertia en considerar el maravilloso conjunto de luces esparcidas en la inmensidad celeste, se acordó que los almanagues anunciaban que en ciertos dias del año el sol se situaba en signos que se distinguian con nombres de animales, tales como el carnero, el toro, etc., y se puso á considerarlo que serian estos signos, presumiendo que tal vez habria en el cielo estrellas que representarian la figura de estos animales, y formó el proyecto de saber donde estaban. Con este objeto eligió la encina mas elevada del bosque, encima de la cual formó para sentarse y observar con descanso, un asiento de varetas de juncos entrelazadas, y todas las noches se situaba en esta especie de observatorio, dirigiendo su vista á diferentes lados del firmamento para descubrir en él la figura de un toro, de un carnero, en fin, algunos de los signos imaginarios del Zodiaco. Como aun no conocia las maravillas de la óptica, no tenia mas que sus ojos naturales por telescopio. Despues de haberse fatigado largo tiempo, aunque en vano, se decidió á abandonar su empresa, cuando la casualidad le suministró nociones mas exactas y reanimó sus tentativas.

Enviaronle un dia de feria á Luneville, y vió un sin número de láminas grabadas puestas en venta y colgadas en la pared; apercibió entre estas estampas un mapa celeste donde las estrellas estaban señaladas con sus respectivos nombres; al mismo tiempo, vió otro mapa terrestre y otros cuatro de diferentes partes del mundo, lo que bastaba para agotar todo su tesoro que ascendian á unos nueve reales.

—¡Avaros! ¡ambiciosos! exclamó Va-

lentin al ver que le pedían todo el dinero que llevaba por aquellos pedazos de papel impreso. ¡Nueve reales por seis hojas de papel!

Pocos días fueron bastantes al estu-
dioso jóven para aprender sobre el ma-
pa las disposiciones respectivas de la
mayor parte de las constelaciones; pe-
ro para hacer una aplicacion de este
conocimiento, necesitó fijarse en un
punto del cielo, que pudiera servir de
base á sus observaciones. Habia oido
decir Duval que la estrella polar era
la única, que de la parte del globo que
habitamos, fuese inmóvil, y que su si-
tuacion determinaba la del polo ár-
tico; pero ¿cual era el medio de encon-
trar esta estrella, sin el auxilio de los
instrumentos de astronomia, y deter-
minar su inmovilidad? Despues de mu-
chas indagaciones, oyó hablar de una
aguja que tenia la propiedad de diri-
girse constantemente hácia los polos
de la tierra. Felizmente para Duval, el
mas viejo de los cuatro ermitaños de
Santa Ana, tenia una brújula que le
prestó, y con el socorro de esta aguja
maravillosa, conoció las cuatro partes
opuestas del horizonte, que llaman los
cuatro puntos cardinales, asi como el
rumbo de los vientos. Con todo, Valen-
tin ignoraba la elevacion de la estrella
polar que queria conocer, y hé aqui el
primer medio que empleó para conse-
guirlo. Escogió en el cielo una estrella
que le pareció de tercer grado, en se-
guida barrenó una rama de árbol de un
grueso mediano, colocándola en direc-
cion á esta estrella, y por último, ra-
ciocinó del siguiente modo:

—Esta estrella es fija ó movable; si
es fija mi punto de observacion lo será
tambien, y continuamente la veré por
el agujero que acabo de hacer en esta
rama; si por el contrario es movable,
al instante dejaré de apercibirla, y en
ese caso dirigiré mis indagaciones por
otro lado.

Con efecto, hizo lo que habia pensado,
pero sin otro éxito que romper su bar-
rena. Pero sin embargo no se desesperó
y halló nuevo recursos para su inten-
to. Cogió una vara de saucó y la abrió
primeramente en toda su longitud sa-
cando la médula; juntó despues las

dos partes con una cuerda delgada y
suspendió la vara perpendicularmen-
te en lo mas alto de la encina que le
servia de observatorio, por cuyo me-
dio y con la facilidad de dirigir y fijar
este palo hueco, hacia las diferentes es-
trellas que queria observar, consiguió,
en fin, el conocimiento de la que bus-
caba. Luego le fué mas facil encontrar
la situacion de las principales conste-
laciones, tirando imaginariamente li-
neas de una á otra estrella con presen-
cia del mapa celeste que tenia; supo
igualmente como comprender la can-
tidad de animales que la imaginacion
de los poetas ha colocado en el firma-
mento.

Cuando hubo conocido bien el mapa
del cielo, quiso aprender con igual per-
feccion el de la tierra; pero para sus
estudios geográficos no poseia mas que
cinco mapas; hizo los mayores esfuer-
zos para entender cual podia ser el uso
de los círculos trazados sobre el mapa-
mundi; tales como los meridianos, los
trópicos, etc., é hizo miles de conjeturas
para adivinar lo que significaban los
trescientos sesenta cuadrados blancos
y negros que veia señalados sobre la
línea del ecuador. «Últimamente, di-
ce él mismo acusando su ignorancia,
muy natural en nuestro concepto,
creí que dichos cuadrados eran seña-
les de leguas, y sin titubear, deduje
que el globo terrestre tenia trescien-
tas sesenta leguas de circunferencia,
y volé á dar parte de este falso descu-
brimiento á uno de los ermitaños de
Santa Ana.» Este destruyó con sola
una palabra todos los cálculos del jó-
ven pastor, diciéndole:

—Por mi parte, puedo decir que he
recorrido mas de trescientas sesenta
leguas, y no creo haber dado la vuel-
ta al mundo, sino andado unas cuan-
tas provincias.

Valentin conoció al instante su er-
ror, é indudablemente se hubiera des-
animado, sin el dichoso hallazgo que
tuvo pocos días despues.

Como todos los domingos tenia la
costumbre de ir á misa á la iglesia de
las Carmelitas de Luneville, entró
cierta vez en el jardin del convento y
vió á un tal Remy, encargado del cul-

tivo de las plantas, que estaba sentado en el extremo de una calle de árboles con un libro en la mano; este libro era justamente un método para estudiar la geografía, y Valentin acercándose á Remy, le dijo:

—Señor; ¿me quisiérais prestar ese libro por unos cuantos dias?

Remy accedió á ello de buena voluntad, y el estudioso jóven se propuso copiar el método; pero la impaciencia de saber lo que contenia, le impelió á recorrerle durante su vuelta á la ermita, y antes que llegara, aprendió la reduccion de los grados del ecuador con las medidas itinerarias de las diferentes naciones, y lo que significaban los cuadrados blancos y negros que tanto le habian hecho meditar. Entonces tambien conoció la poca estension de nuestro globo, por la comparacion que hizo con los vastos abismos del espacio que confundian y asustaban su imaginacion.

Apasionado por la geografía al extremo de soñar con ella, y faltando á sus principales obligaciones por perfeccionarse en esta ciencia, resolvió encontrar recursos á pesar de su indigencia. Declaró la guerra á los animales del bosque, con el objeto de aprovechar sus despojos para comprar mapas y libros: zorras, lobos, fuinas, le entregaron sus vidas y sus pieles, que vendía luego á un peletero de Lunéville; las liebres y los pájaros contribuyeron tambien á su instruccion, con la pérdida de su existencia y de su libertad; de suerte que en poco tiempo su nueva industria le produjo la suma de treinta á cuarenta escudos, con cuya suma se fué á Nancy para efectuar su compra de libros. No solo dejó allí todo el dinero que llevaba, sino que fué deudor de ciento veinte reales á un antiguo librero de Nancy, llamado Truain, que sin haberle visto jamás le admitió en el número de sus deudores.

—¿Por qué teneis tanta confianza en mí? le preguntó Duval.

—Porque leo en tu fisonomía y en el ardor que manifestas por el estudio, que no me engañas, y que tarde ó temprano me has de pagar.

Valentin le dió las gracias por el buen

concepto que de él habia formado, asegurándole que haria de modo de poder justificar el horóscopo con que le honraba. Cargado de tan preciosa compra, anduvo cinco leguas á pie para llegar cuanto antes á su albergue solitario; encerróse en su celda cuyas paredes cubrió de mapas, y esta fué su ordinaria residencia. Una feliz casualidad aumentó el tesoro del estudioso jóven: habiase encontrado una medalla de oro que constituia el blason de una familia distinguida de Inglaterra, y habiéndole anunciado, se presentó un inglés reclamando el hallazgo y dió á Valentin una buena retribucion de dinero, el cual sirvió para aumentar el número de sus libros. No obstante, mientras se ocupaba en el estudio, es preciso confesar que su rebaño estaba un tanto descuidado, y los ermitaños de Santa Ana tuvieron que amenazarle con que le quemarian los libros. Valentin tenia un alma ardiente y sensible, y aunque se habia doblegado á la servidumbre, no á soportar la injuria; de suerte que nuestro jóven, cediendo á un movimiento de cólera, que no pretendemos disculpar, cogió una badila, puso á un ermitaño en la puerta de su celda, haciendo otro tanto con los demas que acudieron al ruido. Llega el superior, y Duval no consiente en abrir sino después de una capitulacion, cuyas condiciones eran de que sus libros serian respetados, y que se le concederian dos horas todos los dias para ocuparlas en el estudio, olvidando lo pasado. Con estas condiciones se obligó á servir en la ermita por espacio de diez años, ganando su manutencion y su vestido.

El bosque donde Valentin hacia pacer á las vacas, era su gabinete de estudio, y como siempre estaba rodeado de sus cartas geográficas, un desconocido que le vió cierto dia, le preguntó lo que hacia.

—Estudio la geografía, señor.

—¿Y qué buscas en este momento? continuó el desconocido mirándole con particular atencion.

—Busco el camino de Quebec, para ir á continuar mis estudios á la universidad de esta ciudad, que sé que es muy excelente.

—Es verdad, dijo el interrogante; pero creo que hay universidades que serán mejor para tí, y yo mismo puedo indicarte una.

Todavía estaba hablando el desconocido, cuando se vió de pronto rodeado de una lucida comitiva que le daba el tratamiento de monseñor y alteza; con efecto, el que habia tenido esta conversacion con Valentin era el duque de Lorena. Este le propuso entrar en el colegio de los jesuitas de Pont-a-Moussan, que entonces estaba muy en boga. Admitió; los progresos de Valentin fueron tan rápidos,

que á los dos años ya habia terminado sus estudios, y entonces el duque Leopoldo de Lorena, su protector, le hizo emprender muchos viages, entre otros el de Paris. A su vuelta fué nombrado bibliotecario del principe y profesor de historia natural en la academia de Luneville, cuyo empleo y las lecciones particulares que daba á los mas ricos ingleses, particularmente al famoso lord Chatam, le proporcionaron los medios de poder edificar la nueva ermita de Santa Ana, donde habia pasado pobremente gran parte de su juventud. Cuando el duque de Lorena



volvió definitivamente á Francia, Valentin pasó á Florencia, donde residió diez años; mas tarde le llamó á Viena el emperador de Austria Francisco I, quien le encargó la formacion de un gabinete de antigüedades, y le nombró bibliotecario. En el lugar de la cabaña donde habia nacido, mandó edificar una casa sólida y cómoda, que dió despues al gobierno para establecer una escuela. Respondia frecuentemente á las preguntas que le hacian:

—Yo no sé nada.

Uno le dijo un dia:

—El emperador os paga, porque sabeis mucho.

—Si me pagara por lo que ignoro, respondió Duval, los tesoros del imperio no bastarian.

Valentin Jameray Duval vivió ochenta años, respetado de todos, y murió en Viena, en Austria, el año de 1772, y sus obras se han publicado en dos tomos bastante abultados.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

CARTA DIRIGIDA A UN NIÑO.

Una mano poderosa y terrible es la que ha escrito la carta infantil que vamos á leer; una mano que ha sido el instrumento de una grande revolucion. La costumbre que tenemos de representarnos bajo un aspecto grave é imponente á los hombres que han hecho un grande papel en la escena del mundo, contribuye á que se encuentre siempre interés, y sorprendan los sentimientos mas familiares y los mas sencillos de nuestra naturaleza: este contraste nos seduce, y creemos que mas de un padre y de una madre sonreirá dulcemente leyendo esta carta de Martin Lutero á su hijo Juan Lutero.

«¡La gracia y la paz de Jesucristo descienda sobre mi muy querido hijo! He sabido con gusto que estudias mucho y que ruegas al Señor. ¡Valor! hijo mio, continua, y cuando yo vuelva á verte te llevaré un juguete de regalo.

«Tengo noticias de un bonito jardin donde van muchos niños, y donde cogen de los árboles hermosas manzanas, peras, cerezas y otras frutas delicadas al paladar; donde cantan, brincan y están muy contentos; donde tambien tienen bonitos caballos con bridas de oro y sillas de plata. Cuando pregunté al dueño del jardin: «¿Qué niños son estos?» me ha respondido: «Estos son unos niños que ruegan á Dios, que estudian y son muy piadosos.»

«Entonces le dije yo: «Querido señor; yo tambien tengo un hijo que se llama Juan Lutero. ¿Pudiera venir él tambien á este jardin para comer estas hermosas manzanas, estas sabrosísimas pe-

ras, y para montarse en estos bonitos caballos, y para jugar con estos niños tan buenos y aplicados?» Entonces el dueño del jardin me contestó: «Si le gusta estudiar y rogar á Dios, y es piadoso, puede venir á este jardin cuando quiera; Felipe y Santiago pueden venir igualmente; y si llegan á ser semejantes á estos pequeñuelos, tendrán como los demas, silbatos, timbales, laudes y harpas; podrán cantar en coro, bailar en rueda y aprenderán á tirar la ballesta.»

«Seguidamente me mostró en el mismo jardin una deliciosa glorieta rodeada de olorosas flores, donde se baila, y donde por todas partes se veian colgadas trompetas de oro, tambores muy preciosos y ballestas de plata.

«Pero era muy temprano; aquellos niños no se habian desayunado todavia y me fué imposible verlos bailar. Sin embargo, antes de ausentarme dije al dueño del jardin: «Querido señor, en este mismo instante voy á escribir á mi niño, que como ya he dicho, se llama Juan, y á referirle cuanto he presenciado, á fin de que ruegue á Dios con mucho fervor y que estudie mucho, y que sea piadoso, para que pueda como estos otros niños, gozar de las delicias de este florido y ameno jardin.... Pero tiene mi hijo una buena tia que se llama Magdalena: ¿podrá venir con Juan esta respetable señora?» Entonces el dueño del jardin me respondió: «Si señor, puede venir en su compañía esa respetable señora; id y escribidle con la confianza de ello.»

«Ya lo has oido, queridísimo Juan, aprende á rogar á Dios con mucho fervor, y di tambien á Felipe y á Santiago que rueguen á la par tuya, y juntos vendreis á este encantado jardin.

«Sobre todo, te recomiendo que tengas confianza y ames á Dios. Todopoderoso.... Di á tu tia Margarita que la quiero mucho.... Dale un abrazo muy apretado en nombre mio.

«Tu afectuoso padre que te ama muy de veras

MARTIN LUTERO.»

En el año de 1531.

ANECDOTAS HISTÓRICAS.

Sitiaba Conrado III en 1140 la ciudad de Wenioberg, animado del mayor enojo contra el duque Guelffo de Wirtemberg, que la defendía con obstinacion. Reducidos por último los sitiados al estremo conflicto, tuvieron que capitular con el irritado emperador, que les concedió por única gracia el permiso de hacer salir en libertad á las señoras, llevándose lo que pudieran cargar sobre sus hombros.

Firmada la capitulacion, la esposa de Guelffo, y á imitacion suya todas las damas de Wenioberg toman en brazos á sus esposos, á pesar de la resistencia que ponen ellos mismos, y superando su debilidad con el mas heroico esfuerzo, pasan delante de los vencedores orgullosas con sus preciosas cargas.

Conrado, profundamente conmovido, las tributó los mas ardientes elogios, perdonando con generosidad á los vencidos.

Esta noble y patética accion de ternura conyugal, se repitió en Flandes en tiempo de Carlos V, y se celebró largo tiempo anualmente con repique general de campanas, y una solemne fiesta que llamaban *La velada de las damas*.

MAXIMAS DEL TALMUD.

La calumnia une á tres hombres: al calumniado, al calumniador y al que la escucha.

Una mala inclinacion es primero un pasatiempo, despues un huésped, y al fin el dueño.

Quien aprende para no enseñar es semejante al mirtó en el desierto: nadie goza de él.

Un mirtó entre peñascos, siempre es un mirtó.

No estés nunca entre los perseguidores, asóciate mejor con los perseguidos.

Tu amigo ha muerto, créelo; tu amigo ha llegado á ser rico, no lo creas.

Ni el ojo de una aguja es pequeño para dos amigos; para dos enemigos la estension del mundo no basta.

Quien posee el dinero robado, sin saber á quien le debe, que le destine al público.

La ciencia sin riquezas es como un pie sin zapato, y la riqueza sin sabiduría, es como un zapato sin pie.

